

## ADICIONES INTERESANTES

### EL CONSTITUCIONALISMO Y LOS EE. UU.

Roberto V. Pesqueira.

Este nombre lo leí en una apretada lista de pasajeros arribados de New York. (Nuestros sagaces repórters porteños habíanle descubierto entre la balumba de turistas "yankees" que cruzan el mar tras las opulentas hazañas del "ring": Johnson y Willard en pugna por derribarse, por desventrarse, por desjarretarse; escena ella, muy superior, en bárbara trascendencia, a cuantas imaginara para sus circos el gran Lucio Domicio Nerón). Con el nombre, pues, vínome a mientes su vibrante historia, la cual me contaran allá, por San Marcos, una buena noche de asueto en los campamentos constitucionalistas, viaje de Veracruz a Apizaco.

Cierto jefe sonorensé iba diciendo, con voz enardecida de alabanza:

—Muchacho aún, salió electo diputado, y mantúvose siempre cerca de don Francisco. La noche del 18 de Febrero, escapando de la reac-

ción desencadenada en México, dirigióse a Piedras Negras. Carranza había desconocido al espúreo Huertas y pusieron pronto en contacto, surgiendo así la Junta revolucionaria de Chihuahua, reunida luego en Monclova para aceptar el plan de Guadalupe. Entonces, por sus dotes de talento despierto, y cultura de idiomas, comisionáronle como Delegado en Washington. Allí pasó tres meses hasta Junio; después volvió en Noviembre, logrando que la enemiga teórica de Wilson al huertismo se convirtiera en práctica, al levantar el embargo de armas para nosotros. Fué a incorporarse más tarde a Villa, y él mismo cuenta la repugnancia que le produjo el verse envuelto en las sombras de Fierro, y Urbina, y Rodríguez (Angeles hacía la corte, no ocultándose como fomentador de sus vicios). Vino la ocupación veracruzana, y encargósele nada menos que la entrega de la nota al gobierno de los invasores. Trajeron los acontecimientos nuestro triunfo, y estuvo en la capital, yéndose otra vez, en seguida, al Norte por Octubre de 1914. Ha recorrido todo el Paso y California, y Chicago y San Luis; y se halla ahora en New York. Nadie conoce más cabalmente nuestras relaciones con los "gringos"...

Esta última afirmación sugirióme una entrevista. Sería trascendental en tales instantes nebulosos, cuando los núcleos desafectos pregonan el aniquilamiento constitucionalista, con el apoyo franco del americano. Además, algún

colega puso en labios del propio Pesqueira algo gravísimo, a propósito del rumor...

Unas sencillas pesquisas por los hoteles principales, y me hallé frente a frente con persona pequeña y seca de cuerpo; "dandy" en su vestido y maneras; cara de águila, por los ojos menudos, vivos, agudísimos, por la nariz larga y corva, por el mentón saliente. Al corresponder a mi saludo, la palabra parecióme grata, mundana:

—Siéntese, y tomaremos un "tango cocktail".

El mozo del "Inglaterra" sirviónos en chatas copas algo como Sánchez Romate con ajeno. Y empezó nuestra charla...

—¡Oh, no, de ningún modo! Yo estoy hecho a ofrecer declaraciones importantes a la prensa americana; y nunca me ocurrió cosa igual. Han tergiversado lo que expuse al grupo de periodistas. No fuera concebible tan tremenda indiscreción; aparte de ocurrir lo contrario respecto al sentimiento del gran país vecino.

—¿Por qué no nos hace usted, para publicarlo, el resumen de sus observaciones en ese orden internacional, dentro de lo oficioso?

—Al momento, señor; me cuesta poco trabajo. Y créame: no soy en este sentido un partidista ciego que habla; acaso del "gringo", concurriendo a sus escuelas, enamorando a sus mujeres, manteniendo amplias relaciones comerciales con sus negociantes, he tomado cier-

ta serenidad, cierta madurez, un espíritu frío en los juicios. . .

Apuró el brebaje. Encendió fino egipcio. Dispúsose al relato. . .

—Vea usted: Hace poco tiempo el insigne doctor Wilson, declaró a la prensa que las noticias procedentes de nuestra patria eran maliciosamente deformadas, exagerándolas con perjuicio del crédito de la nación. En esto, como en tantos otros extremos, el sabio estadista estaba en lo justo. Se ha tomado, sí, marcadísimo empeño por acusar a la lucha democrática en México, de guerra sin principios, y sin otro objeto que el del pillaje y latrocinio. (Las personas propaladoras de la campaña son bien conocidas en la colonia latina). Nadie ignora que la República mexicana ha sido campo de explotación por parte de mercaderes sin conciencia, que a costa de dinero prostituyeron a autoridades y gobierno, proporcionándose concesiones y prebendas irritantes para el sentimiento popular. Esa piratería extranjera encontró hábiles colaboradores en las clases acaudaladas y conservadoras, las cuales prefieren la conservación de sus millones, el aumento de ellos, a la honra y el adelanto del país, al nombre de la raza. (Ejemplos los tenemos abundantísimos) Al comprender unos y otros que un movimiento revolucionario, sacudiendo y derrocando a las viejas instituciones, carcomidas y viciosas, traería un estado de hechos, en que fueros y privilegios serían abolidos, permitiéndose la educa-

ción general, para convertir a los rebaños de explotados, en hombres conscientes, protestaron furiosos, y batallan con cuerpo y alma por impedir el cambio digno, civilizador, progresista. (Las formas ostensibles de esa lucha contra nosotros adquiere modalidades variadísimas, bien se procura el desprestigio de los jefes valerosos, fuertes y honrados, bien vencen por el cohecho, u otros recursos, la integridad moral de los débiles y fáciles caudillos. Por ese sistema convirtieron a Pascual Orozco de figura noble y querida, en vulgar iscarote; por él también dominaron al tenebroso Villa). Cuando se inició la revolución antihuertista, los magnates de Wall Street se sobrecogieron, conspirando silenciosamente por contrarrestar sus efectos, los mismos que producía la victoria de los demócratas de la Unión. Wilson hallóse con que los elementos para sus funciones administrativas, no estaban unificados, descubriéndose entre ellos a gentes reaccionarias, y opuestas a sus credos, todos hostiles a nuestro problema para serlo a los procedimientos democráticos. Por eso es que se descubren manifiestas inconsecuencias relativas a las palabras y las obras del austero Presidente. Los republicanos no desperdician oportunidades de zaherir a quien les venció, de levantarle obstáculos al programa de reformas que ofrece al pueblo, y los asuntos "aztecas" les sirven a maravilla para esos empeños. Los diarios opositoristas defendieron tenaces a Huerta y su mando dictatorial—de

mano de hierro—condenando en cambio a los revolucionarios, a Villa en primer término, al cual presentaban como feroz bandido, amoral, deforme, “saco de ruindad y de concupiscencias”; el caso Benton permitiéndoles magníficos comentarios “sobre personalidad tan aborrecible”, convertida ahora, por gracia de los sucesos posteriores, en héroe de epopeya, notable gobernante, estadista sin rival. (Comprendieron que a él y a cuantos le seguían costarían poco dominarlos). Vino, pues, la labor de elogio, a compás de otra de difamación para el señor Carranza. Cuando la toma de Veracruz, provocada por el taimado gabinete huertista, don Venustiano protestó enérgica y lealmente, en memorable nota a Bryan, mientras aquél y los suyos casi aplaudieron la provocación. Algunos enemigos nuestros, viendo propicio a “Doroteo Arango”, le alabaron en público, al tiempo que acusaban al Primer Jefe de jactancioso y despectivo, para los Estados Unidos. Lo tan artificial de esta farsa se descubrió por el hecho de aparecer Villa declarando en columnas del “Morning Times”, del Paso, que “en su carácter de militar no comentaría la nota, pareciéndole, sí, justa, producto de un corazón latino y un cerebro sajón” (sic), y luego en otro sitio de la propia publicación—por influencia del nefasto Carothers—hízosele decir como no sólo aprobaba la actitud invasora en el puerto del Sur, sino que le alegraría mucho verla extendida por el territorio completo. Después pri-

varon los trabajos de esas camarillas de científicos y extranjeros codiciosos en épocas de la evacuación. Debido a intrigas y más bajos manejos, llegó a creerse en Washington que los constitucionalistas proponíanse llegar a Veracruz cometiendo las mayores fechorías, entregados a la rapiña y al asesinato, incendiándolo y destruyéndolo todo; así, exigió aquel gobierno determinadas garantías, que no detuvieron la natural exigencia de don Venustiano. Villa, claro, protestaba de la desocupación; y esto sirvióles de nuevo para ensalzarle allá como a amigo, acusándose al Primer Jefe de adversario violento. Un gran número de gentes cayó en la trampa, y extendióse la conseja al extremo de materializar en los Estados Unidos la idea de ser uno el ogro intratable, aristócrata y soberbio, el otro la figura perfecta, el hijo del pueblo que iba a defenderlo y salvarlo con las inspiraciones “yankees”. El espíritu bastante preparado sólo aguardaba un medio de sustituirlos sin cuartelazo; y fomentóse la Convención de “Aguascalientes”. De ella salieron dos partidos opuestos, en forma definida, diáfana: el constitucionalismo puro, con su programa de reforma y su firme propósito de reducir por completo al enemigo, y la facción formada con los residuos, la ganga, de todas las tendencias coaligadas, bajo la engañosa esperanza de volver a imponerse por las habilidades geniales de Villa, la astucia maligna de Angeles, el empuje económico de los Madero, la táctica

federal, el apoyo del clero, la extranjería, el cientificismo ex-porfiriano, y los peladajes de Zapata. Mas el milagro no se realiza; succédense los fracasos; váñseles los capitanes valientes al ex-bandido; la oficialidad federal nada logra por cobarde y maltrecha; entrevese la derrota inexorable; y Wilson, el integérrimo político, para fin de cuentas, declara: Jamás reconoceré en México, como gobernante, a nadie manchado con sangre.—Ello cuando se afirmaba el reconocimiento del célebre Doroteo. El villismo ahora, en sus convulsiones postreras, busca una fórmula distinta: sustituir al histriónico Garza, con Angeles, el ex-federal torvo, astuto y traidor. Ya en breve le tendremos de cabeza... provisional, como transacción, con el pasado, del germen revolucionario que intranquiliza a los millones. Liberales y conservadores volverán, pues, a encontrarse en cruenta guerra; pero éstos han de sucumbir por faltarles razón y derecho, por faltarles la grandeza del ideal que glorificó a Juárez, que enalteció a Lerdo, que presenta a don Venustiano Carranza como a directo sucesor, el símbolo vivo de las aspiraciones de esa masa explotada y escarnecida, despiadadamente, vilmente!...

Pesqueira, pleno de fe, arrebatado de entusiasmo, pronunció tales enérgicas frases, remate a su discurso sólido, de una entera pieza. Quien como yo, le hubiese oído, y visto, había de convenir en que así sólo puede expresarse la verdad inmaculada, noble y arrogante, cuando la in-

flama un corazón mozo, pletórico de liberales ensueños, y como asistido del impulso tesonero del patriotismo; ese sentimiento por el cual se vive glorioso, y se muere con aureolas de martirio: Ricaurte, el oficial bolivariano, en San Mateo; Martí, apóstol de la República, en Dos Ríos; el oscuro maquinista Jesús García, allá, precisamente, en Nacozari, librando a todo un pueblo de arhimánica devastación!

Las opalinas gotas del "Pernod", humearon aún en mi vaso. No quise perder, en algo distraído, una sílaba del viril alegato. Al reproducirlo ahora presumo de seguridad en la transcripción.

¡Magnífica sinopsis ella de las actuaciones del Norte ante el conflicto mexicano!; y hecha por persona capaz en el sentido magno del vocablo—tal escribiera el magnífico de Juan Maragal.

#### URBINA, REVOLUCIONARIO

Fué que un día el poeta, peregrino en la tierra propia, vuelta huraña madrastra por la furia inclemente de los hijos en guerra; atormentado su fino corazón, de vena lírica, con tantas y tantas épicas resonancias salidas de la ciudad y el campo, del río y la montaña; horro de ilusiones interiores, a las cuales rendirles sus cantos de ensueño y de esperanza; falto de las fecundas realidades de afuera: sol ardoroso, luna quieta, aire henchido de silvestres aromas, desfile señorial a la media tarde, donde hay una

sonrisa breve, y un pie alígero, y una palabrita de amor, temblando, temblando, en la atmósfera diáfana; el poeta solo, el poeta triste, el poeta melancólico, con ansias, muchas, de ofrecerle los versos de su vida a concurso de hombres y mujeres, ellos, sin cananas al pecho, sin rifle al hombro, ni rictus de venganza en los labios; ellas, sin lágrimas en los ojos, sin luto en los cuerpos, ni crispaturas de encuentro en las manos, (para así sentirse mirar, y sonreír, y aplaudir); el Poeta, buscó costas propicias; cruzó mares tranquilos; arribó a nuestras playas en mañana abrileña. toda luz, toda tibieza, todo perfume, toda, en fin, cuanto ante los temperamentos soñadores teje, con brujos hilos de plata, el más alto vocablo de la lengua: hospitalidad.

Supieronlo, pronto, sus nobles hermanos en Apolo; supieronlo las dulces princesas, enamoradas de la rima; supolo, de punta a punta, la Habana trovadoresca; y ya nadie dióse paz, hasta merecer del prócer aeda, las gentilicias mercedes de su egregio talento, musicalizado por magnánimo capricho del Destino.

Rimador y caballero, siempre se han ido juntos, en sutil pareja por el mundo; y Urbina—que tal es el héroe de mi historia romántica—si en lo primero alcanzó las cumbres de la gloria, en lo segundo goza fama de haberse conquistado las más dignas preseas, en lides de reñidos torneos de galanía. Aprestóse, pues, a singular fiesta de Arte; y para ella, no obstante mul-

tirrico, quiso acudir al tesoro ajeno, para verse más satisfecha aun su alma dadivosa, regalándonos, a chorro de pródigo alquimista, el oro de las emociones...

Un piano; un violín; una lira.

El concierto empieza en cierta noche de domingo, como queriendo hacer resaltar, con mayor contraste, la plebeya algazara de la calle, y el silencio exquisito de la sala. Hay en ésta gran número de pecheras blancas, y escotes rosa-té; hay, además, un derroche fastuoso de claridad, y múltiples búcaros con flores fragantes. Junto a mí, mi novia...

Aparece, súbito, el Poeta. Su figura no recuerda la de Byron, ni tampoco la de Musset, ni la de Lamartine, ni la de Wilde, ni la de Poe; pero si lo anotó Darío a propósito del taciturno yankee: los elegidos resultan escasos. ¿E importa, por ventura, la física prestancia para el vuelo de la inspiración? Apareció, repito; inclínase; saluda, arrobadamente, con sonoras estrofas, dichas bajo el temblor de honesta timidez, deslucida. Suenan algunos cortes aplausos. Se marcha...

Al proscenio, luego, acude persona de una mediana estatura y maneras muy inglesas, en fuerza de pulquérrimas; acércase con actitud resuelta al riente teclado. Va a ejecutar motivos chopinianos.

—¡Cómo!—inquire mi novia—¿el pianista?; y sin melenas lacias; y sin chalina hiperbólica; y sin traje a lo relato de Murger; y sin...

No pudo continuar adelante en el pueril retozo de su sorpresa. El excelso polaco quebró-le la frase a flor de boca, con los desgranares mágicos del Larghetto (concierto II) tenazas de atención para los sentimientos emotivos.

Viene a seguidas el aria de Bach, donde las cuerdas del frágil instrumento, bajo la sabiduría del arco, lloran, gritan, impetran, parecen romperse de amargura...

...Y torna, al punto, el orfebre de "Lámparas en agonía", recitando, con lilibembeleso, "Vieja lágrima", "A solas", "Tríptico de las tentaciones". Ninguna, ni ninguno, deja de vibrar, en medio del embaimiento unánime del autitorio—adoración al genio interpretaría yo. Salta el postrimero renglón de la caja encantada, que es la maravilla de aquel prójimo trovador, y desbórdase sobre él rauda, impetuosa, catarata de palmadas y vítores...

Más música. Una rapsodia cubana, hechicero homenaje que de las musas ha merecido la República. El violín suena combinando la Sonata Octava de Grieg, mago escandinavo, maestro en seducir a los corazones latinos. E iníciase la marcha...

—¡Oh, y no escucharle la composición al Beso hecho Suspiro?—subraya mi adorable acompañante, mientras sus ojos zarcos casi lloraban desconsuelo.

Adivinó sin duda Urbina—que los poetas cazan al vuelo todos los secretos en brote de emoción—, y reapareciendo frente a la multi-

tud ya en pie, desata la pedrería del madrigal más puro, urdido en idioma de Berceo, desde su balbucesos poéticos:

Era un cautivo beso enamorado  
de una mano de nieve que tenía  
la apariencia de un lirio desmayado  
y el palpar de un ave en agonía.  
Y sucedió que un día,  
aquella mano suave  
de palidez de cirio,  
de languidez de lirio,  
de palpar de ave,  
se acercó tanto a la prisión del beso...  
que ya no pudo más el pobre preso  
y se escapó. Mas, con voluble giro,  
huyó la mano hasta el confín lejano...  
y el beso, que volaba tras la mano,  
rompiendo el aire, se volvió suspiro.)

Al terminar, un leve estremecimiento recorrió la piel, pálida, límpida, abismadora de los escotes; y hasta me parece que las pecheras nítidas también temblaban un poco. Mas nadie, nadie, osó unir sus manos, ruidosamente.

¡Suprema apoteosis!

Me acerqué al Poeta, aventurando esta frase:

—Para ser más grande mexicano, fáltale amar la revolución.

—Y la amo, respondiome al mismo instante; deme usted los originales de su última diser-

tación, y, sobre ella, haré mi clarísima profecía de fe.

... Una semana después, "El Fígaro"—prestigiosa tribuna de América—publicaba tan noble trabajo, un a modo de diálogo entre mis cuartillas, y el ingente espíritu de Urbina:

—La conferencia de usted es atrevida, juvenil, impetuosa. Es obra de sinceridad y de aliento. Allí donde no convence, conmueve. Porque hay calor y color, movimiento de vida, convicción. Gústame seguir el vuelo de un pensamiento sano y vigoroso como el de usted. El ardor de su temperamento lo lleva algunas veces—he de confesarlo—al límite de las afirmaciones absolutas. Esto depende, probablemente, de la segura fe que tiene en ser poseedor de la verdad. No vacila porque no duda. La actitud es hermosa y yo la aplaudo sin reservas. Las grandes causas necesitan de esta heroica virtud de creer con plena firmeza.

Hay en los robustos conceptos de usted, alma y sangre. Toda la conferencia muestra el carácter de usted, decidido y enérgico. Bien se conoce que una vida nueva juzga y prevé. Gracias, amigo mío, en nombre de mi país, agonizante y desesperado, por el caudal de esperanza que usted derrama, como un bálsamo, sobre las heridas.

—Claro que me he fijado en el estilo un poco tumultuoso, con hervores de espontánea elo-

cuencia, franco y abierto, como conviene a las amplias y flamantes ideas que decora y atavía. Imágenes, citas, alusiones y reminiscencias, están bien halladas con la verba brillante, quizás algo desenfrenada, pero muy vivaz y muy atractiva, que corre por el discurso, con noble libertad y arrogancia. Noto que no es usted castizo ni quiere serlo. Es moderno y tiene las naturales rebeldías de quien encuentra ya momificadas, e inservibles las viejas formas, y por eso trata de ampliarlas y rejuvenecerlas. Hasta en las letras es usted un revolucionario; y ustedes, los literatos audaces y bien armados, tienen importantísimo papel en el desarrollo de la expresión artística. Un hombre maduro como yo, hecho ya y sin posible transformación, ve con agrado, no exento de sorpresa, las bizzarías de los recién llegados al taller de las letras. Usted es uno de ellos, y si acierta a contener con rendales de oro la cuadriga de su imaginación, llevará a la meta su carro de marfil: triunfará.

No le habla a usted un arrepentido sino un reflexivo. Le habla un sincero, un hombre de buena fe, que no ha hecho de la política una profesión ni mucho menos una mercancía. Por accidente fuí escritor político, polemista en la prensa diaria; por esencia no soy sino dos cosas: literato y maestro de escuela. Pero no he visto pasar en balde, ante mis ojos, el tiempo y los acontecimientos. Y como me he sustraído al frenesí de la pasión, me parece haber logrado

la rectificación de errores propios y ajenos, y la ratificación de personales y extrañas convicciones. El señor Madero—consagrado e inmortalizado por el martirio—pasa a la historia limpio de impurezas. Es ahora una figura de apoteosis, un ejemplo de glorificación, un arquetipo de redención y de selección. Ya no es el hombre, es el ideal. La traición, que quiso hacerlo desaparecer, le dió las definitivas y titánicas proporciones de una suprema aspiración de justicia y de libertad.

Pero el señor Madero creyó que el pueblo estaba apto para la democracia. La democracia, amigo mío, vista como forma abstracta de gobierno de pueblos, comienza, por efecto del análisis filosófico, a hacer bancarrota. Las observaciones más justas, los criterios más ponderados, llegan, por distintos senderos, a comprobar que las multitudes ciudadanas, no poseen la aptitud mental y moral suficiente para designar, por sí mismas, los funcionarios de Estado, y que están siempre sometidas a la influencia de pequeños grupos de agitadores que las sugestionan y mueven, por lo común en egoista provecho de clases, de partidos, de intereses no comunales, y, algunas veces, de intereses sólo individuales.

Pero deseo echar a un lado estas consideraciones de doctrina, tanto porque ellas complicarían mi respuesta como porque serían rebatidas por la espléndida dialéctica de usted; y ese combate, en el que yo saldría de fijo vencido,

extraviaría nuestro camino; nos llevaría muy lejos.

Reduzcamos, pues, la tesis. No, no estaba, no podría estar el pueblo mexicano apto para la democracia; en cambio, sí lo estaba, y mucho, para la revolución. ¿Vió el señor Madero esto? ¿No lo vió? Su apostólica mirada ¿penetró en lo futuro de su patria y sorprendió la convulsión que produciría el movimiento que él inició con su ardiente y admirable propaganda? Ello es que hubo transmutación, o mejor dicho, amplificación de valores; el movimiento político se ensanchó hasta convertirse en movimiento social.

—Sí; la revolución por bajo en el gobierno maderista siguió su labor. Era una corriente subterránea que minaba, desde hacía muchos años, los frágiles cimientos de ese castillo de naipes que se llama el Estado mexicano. Nuestro país no ha vivido constituido sino fantásticamente en la ley escrita. Todo ha sido hasta hoy dictadura en México; dictadura que se ha puesto, para revestirse de democracia y legitimidad, el manto de papel dorado de la Constitución. Hemos existido por largo tiempo, urdiendo y sosteniendo la mentira constitucional. De ahí que todo gobierno, representando la comedia, se desprestigiara muy en breve. Uno hubo durable y que prolongó la eficacia de su poder durante treinta años. Este fenómeno anormal en la vida pública de México, hay que

buscarlo más en las causas económicas que en tan lleno de privilegios irritantes, y sobre todo, las políticas. Mas el *porfirismo* tan cerrado, tan personal, tan unilateral, tenía que sufrir los accidentes de la vida de un hombre. Con él fué enérgico; con él fué progresista; con él fué debilitándose. Con él envejeció; y como resultado de senil *caquexia*, se desnutrió en egoismos e immoralidades. El fruto podrido cae, por ley ineludible, de la rama que lo sostiene.

—No lo repita usted; conozco el defecto y comprendo la responsabilidad. El miedo personal de perder el poder, obligó al hombre a mantener un *statu quo* que dañó terriblemente a la nación. Organismo que no se renueva, perece; pueblo que no se prepara moralmente a la gimnasia política, que no se robustece en la lucha social, que no entra en el generoso pugilato de los partidos, se debilita, se vuelve anémico, se anquilosa. ¡Gran pecado éste de no utilizar la paz en educar política y socialmente a una colectividad en cuyo fondo han dejado sedimentos de odio y rencor la miseria y el crimen! La regeneración pudo haber dado principio en la era tranquila del *porfirismo*. Para ello no necesitaba más que dar la justicia a manos llenas y la libertad a dosis metódicas, hasta impregnar a las masas de la perfecta conciencia de los deberes y los derechos del ciudadano! De ese pecado participamos todos, todos, hasta los que ahora ponen su espada leal y su clara

inteligencia al servicio de la revolución mexicana. Fuimos, entonces, remisos e indecisos. El fallo del porvenir nos espera. Tengamos la firmeza de reconocer nuestra falta.

—¿Que la revolución lucha por la libertad? . . . Sí: las fuerzas directrices, el grupo de los hombres firmes, lucha por llevar al pueblo mexicano hacia un mejoramiento que indudablemente tiene por base la libertad. ¿Cuál libertad? Aquí me va usted a permitir una exposición sintética de mi juicio acerca de la revolución. En mi concepto, las tres grandes revoluciones mexicanas son una misma revolución que presenta tres fases. La primera, sentimental: esa fué nuestra santa revolución de Independencia; la segunda, intelectual; esa fué nuestra magna revolución de Reforma; la tercera, ésta, es pura y sencillamente económica. En las dos anteriores, el problema económico, estaba, si no disfrazado, oculto, aunque latente; en la última, en la que ahora sufrimos, el problema se presenta sin subterfugios, sin tapujos de ninguna clase.

En la primera, los hombres de corazón, se hicieron caudillos. Allí está Morelos, tipo soberano de abnegación cordial. En la segunda, dominaron y vencieron los hombres de intelectualidad: allí está Lerdo, Ramírez, Degollado, Riva Palacio, que lo mismo sabían de estrategia, como de política y de humanidades y de diplomacia. La tercera revolución, más vasta

que las otras, resumen y compendio de ellas, viene de abajo, se engendró en las tristezas de los campos, en la desesperación de los sometidos, en las miserables chozas de las montañas, en el obscuro cerebro de los parias y de los expoliados, en el espíritu embrionario de los analfabetos, y por eso no tiene excelsas figuras, ni esplendorosos héroes, ni sabios profundos, ni genios sublimes: ella es más grande que los hombres, y devora nombres... Aunque no: algunos hay en ella que son como cumbres excelsas de humanidad y de virtud: pienso en Belisario Domínguez. Las tres revoluciones son luchas por la libertad; pero creo que ésta se ha de alcanzar en firme cuando la escuela transforme la vida popular y moldee el alma nacional. La libertad económica es, por ahora, la más necesaria. ¡Ojalá que se obtenga! Usted dice estas cosas, con arrebatadora elocuencia. Yo lo aplaudo, y subrayo, con mis observaciones, su magnífica conferencia.

—Me da recelo pensar en que la libertad política perturbe o dificulte nuestra libertad internacional; de ella depende la económica que se ansía. Por fortuna la revolución cuenta con el patriotismo de sus principales jefes.

—Aquí debo reiterarle mis felicitaciones. Ha comprendido usted la cuestión agraria. No en las sanas teorías de George, sino en nuestras especialísimas necesidades de raza y de medio.

debemos estudiar este problema que es el de Hamlet.

—¡Oh! eso hay que procurarlo a toda costa: volver a articular la revolución es una de las más urgentes y premiosas operaciones, para llegar a la primer etapa gubernativa antes que la agonía nacional adquiera la faz hipócrita de la muerte. Recordemos que los pueblos no pecen; pero las nacionalidades, sí.

Su predicción y su previsión están llenas de optimismos. Eso contagia y hace bien, porque reconforta, estimula, alienta. ¡Oh, si los mexicanos nos uniéramos, no para detener el fenómeno que es fatal e incontenible, sino para acelerarlo y encausarlo hacia sus fines más inmediatos!...

—México ha sufrido de un cáncer terrible: el militarismo. La revolución, por de pronto, no lo ha extirpado, sino exacerbado. El *pretorianismo* revolucionario es un peligro grave. Cuando la revolución concluya su violenta obra destructora, y se disponga a la reconstrucción sobre la base de la justicia, de la libertad, de la protección al obrero y al peón, entonces será preciso pensar en el desmembramiento paulatino del monstruo pretoriano, y en la organización definitiva del cuerpo armado para la vigilancia de los intereses sociales.

—Yo confío en mi país, como usted. Mi patria debe estar agradecida al juvenil talento de un intelectual que al defender la revolución nos presenta bajo el aspecto de pueblo que lucha por la conquista del progreso, y no como el *México bárbaro* en el que se revuelcan las hordas ebrias de pasiones primitivas. Bien se conoce que su corazón de latino-americano siente la simpatía de nuestro anhelo colectivo. Hé aquí que su cultura se ha puesto del lado de nosotros y de la defensa de la libertad y del bien.

Muchas gracias.

*Luis G. URBINA.*

1915.

## EPILOGO •